

Bruno Podestá. *El hombre que mide las nubes*. Lima. Lápix Editores, 2013, 192 páginas.

Durante muchos años en el siglo XX, la literatura peruana, principalmente a través de cuentos y novelas, fue cubriendo el territorio nacional, en una especie de verismo poético cultivado por distintos autores. Nuestros principales narradores, Alegría y Arguedas, están identificados con la sierra del norte y del centro sur respectivamente. Un novelista como Vargas Llosa se ha ocupado de la costa norte, de Lima y de una parte importante de la selva. Es tan fuerte esta identificación con los distintos parajes de nuestra patria que puede decirse que a través de la literatura un lector puede tomar cabal conocimiento del Perú. Si a estos novelistas añadimos otros narradores como Abraham Valdelomar o Julio Ramón Ribeyro, el panorama contemporáneo se va haciendo cada vez más variado y complejo. En las últimas décadas han surgido narradores como Sum Kam Wei o Augusto Higa que se han ocupado de los migrantes chinos o japoneses. Pero hasta hoy estaban faltando los migrantes italianos. Y ellos son la excepción que conviene resaltar. Si Alegría o Arguedas llenaban con sus escritos ficcionales campos que las ciencias sociales todavía no habían ocupado, en el caso de la colonia italiana en el Perú, ocurre exactamente lo contrario. Existen numerosos estudios históricos o sociológicos sobre la importancia de aquellos italianos que se afincaron en el país. Sabemos bien de sus comidas que se han hecho propias de nuestro país, desde el pastel de acelga hasta sus pastas prodigiosas, sus quesos, sus entremeses y sus vinos. Conocemos de las estancias de Garibaldi en Lima y el Callao; las fundaciones de las compañías de bomberos; el arraigo de familias de apellidos italianos en nuestro país; su importancia en la industria, en el comercio, en la vida

política nacional. Pero casi no sabemos nada de lo que pensaban esos migrantes, de sus sueños y esperanzas, de sus frustraciones y amarguras. Este volumen de narraciones de Bruno Podestá viene a llenar este vacío. Como descendiente de estos migrantes, el autor conoce desde dentro la manera de pensar y de actuar de toda la colonia italiana y vuelca esta experiencia en los diecisiete relatos del libro. En el texto predomina un tono melancólico frente al paso del tiempo.

El lector tiene la sensación de que los primeros migrantes, con toda su nostalgia a cuestas, personajes ahora de la pluma de Podestá, reconstruyen, por así decirlo, en ese Chucuito una patria que se hunde en el pasado. El paisaje de casas de madera carcomidas por el salitre contribuye a acentuar ese clima donde el presente parece que se detiene en un pasado remoto y perdido para siempre. El espacio, por encima de los acontecimientos, predomina en la pequeña novela que abre el volumen y en los cuentos que la siguen. Ese hombre “que mide las nubes” es imagen y síntesis de toda esta narrativa. Y su lado los pescadores que el pecho desnudo contemplan el cielo, los hombres y las mujeres riendo mientras brindan con amaro o con grappa y detrás la añoranza por la patria perdida y nunca recuperada. Como ocurre con frecuencia con los migrantes, los personajes de Podestá, de un modo inconsciente, van desarrollando una serie de estrategias de adaptación en el territorio nuevo que pueblan. En cierto sentido no son de un allá o de un acá, sino de una zona intermedia, sin territorio real, que no es Italia ni es el Perú; zona pensada y soñada y que poco a poco va cediendo sus derechos a una sociedad que impone sus reglas y que llega a la casa de cada italiano migrante a través de la prole que tiene mayor capacidad de adaptación.

En el centro de las historias que se narran está Filippo, joven nieto de inmigrantes italianos antaño instalados en Chucuito, cerca del puerto del Callao. El muchacho recibe la misión de visitar a una vieja tía residente en Santa Eulalia, para contarle que se ha suicidado Luigi, hermano de esta longeva valetudinaria. Ese comienzo ya expresa lo que la historia narra: una saga familiar que culmina con la propia vida de Filippo. Este hilo de la madeja nos lleva a los abuelos: Carmelina, siciliana, Esteban, genovés; a los hijos: Nino, Teresa, Etelvina y Luigi.

Filippo se va metiendo en la vena misma de las familias italianas llegadas por mar a nuevas tierras. Se trata de personajes anónimos que se integran con dificultad a la tierra que los acogía. Como es de esperar, predominan la nostalgia, la melancolía, la tristeza, pero aparecen también la locura y la resignación. Si Eneas en la poesía de Virgilio es la imagen del viajero fundador y Odiseo en la épica de Homero es la imagen del viajero que retorna, los personajes de Podestá son la imagen viva de los que han llegado y dudan sobre la relación que tienen con la tierra que pisan, sobre qué queda de la patria que abandonaron. Contemplar las nubes, intentar descifrar su secreto código es algo que hizo Luigi, el suicida que, con toda seguridad, no encontró respuestas que le satisficieran al igual que Filippo en las intensas y concentradas páginas de Bruno Podestá. **(Marco Martos Carrera)**